

1	PRIMERA PARTE
18	SEGUNDA PARTE
38	DE COMO SE INICIO LA REVOLUCION EN SABINAS HIDALGO, N. L.

## PRIMERA PARTE

A solicitud de mi esposa, hijos y algunos correligionarios voy a tratar de recordar y escribir todos los hechos que viví durante la revolución, tratando de ser lo más exacto posible en cuanto a fechas y nombres, pues dado lo remoto de estos hechos han caído en el olvido.

Gracias a la valiosa ayuda de mi esposa a quien debo gran parte de los datos aquí escritos, pues ella compartió y sufrió gran parte de las penalidades que en esa azarosa época atravesó nuestro país, he logrado recopilar los datos más importantes para hacer esta narración.

Sólo me anima el deseo de dejar escrito esta parte de la historia en la cual me tocó actuar para que mis hijos y nietos de vez en cuando lean esto y sepan que gracias a la lucha revolucionaria, tienen ahora mejor manera de vivir y que den gracias a Dios que no fue a ellos a quien les tocara tener que pelear por mejorar las condiciones de vida.

Nací en Sabinas Hidalgo, Estado de Nuevo León, en el año de 1884, el día 28 de septiembre. Mis padres fueron don Jorge Morton Ancira y Doña Isabel Morales Garza. Mis abuelos maternos fueron don Guadalupe Morales y doña Faustina Garza, el primero originario de Salinas Victoria, N. L. y la segunda de Sabinas Hidalgo, N. L. Mis abuelos paternos fueron don Jorge W. Morton, extranjero de origen inglés, pero nacido en Filadelfia, Estados Unidos de América y doña Guadalupe Ancira nativa de Sabinas Hidalgo, N. L.

Pasé mis primeros años en mi pueblo natal al lado de mis padres, pero después de terminada la escuela primaria emigré a los Estados Unidos en busca de trabajo acompañado de mi hermano mayor, Jorge Morton. Esto fue en los primeros años del presente siglo. Ya para este tiempo, aproximadamente en 1905, se decía en Estados Unidos que en México había un gobierno que era una dictadura y que muy pronto se desencadenaría una revolución y que habría cambio de gobierno.

Regresamos a Sabinas Hidalgo, N. L., y ahí nos damos cuenta de las injusticias que se cometían por parte de los caciques que se perpetuaban en el poder. Una de las víctimas de ellos era mi padre, quien sufrió toda clase de atropellos, vejaciones por parte de un cacique llamado Amulfo Botello. Mi padre tenía una hacienda que él formó con los escasos bienes que heredó de sus padres cuando éstos murieron, esta hacienda llevaba el nombre de mi madre "Santa Isabel".

Siguieron los años con la misma administración porfirista y por consecuencia los mismos hombres en el poder, con el mismo sistema de avorazados caciques. Del año 1906 a 1910 fueron continuas las persecuciones del cacique Botello en contra de mi padre hasta que lo dejó en la miseria, viviendo en constante zozobra, no habiendo forma de liberarse de tal enemigo que abusaba en forma tan despiadada. Mi padre acudió varias veces al Gobernador del Estado, que en ese tiempo era el General Bernardo Reyes, quien siempre le decía que las leyes están a sus órdenes, pero las leyes eran ellos, no logrando al fin nada para poner coto a los actos de injusticia del mencionado cacique.

En el año de 1910 vino el movimiento armado iniciado por don Francisco I. Madero.

Con la esperanza de que cambiaran las cosas me lancé a la revolución poniéndome a las órdenes del primero que se levantó en armas en Sabinas, que fue el Teniente Coronel Pablo de los Santos, primo hermano mío. Esto fue en marzo de 1911. Este movimiento duró poco, terminó con la caída de Porfirio Díaz. Volvimos a Sabinas Hidalgo después de ser licenciados en Monterrey, N. L. el día 27 de junio de 1911 por el entonces Gobernador del Estado don Viviano L. Villarreal. Sin embargo, las cosas siguieron igual, o peor porque peores se pusieron las cosas para mi familia en venganza por haberme adherido a la revolución.

En 1913, a raíz de la muerte de don Francisco I. Madero, volví a tomar las armas como soldado en marzo 6, contra Victoriano Huerta el usurpador, poniéndome a las órdenes del

Mayor Pablo de la Garza (después General) esto sucedió en un rancho que mi padre tenía en las márgenes del Río Salado por el camino a Laredo. Principié operando por varios lugares del norte del Estado reclutando hombres y elementos de guerra. De un punto llamado Los Garza, N. L., nos dirigimos a Ciudad Guerrero, Tamps., donde atacamos a los aduanales haciéndolos huir reconcentrándose en Nuevo Laredo. Les hicimos poco daño, no habiendo sufrido ninguna baja, pero les quitamos algunas carabinas 30-30 y algo de parque. Con ello armamos más gente teniendo ya una fuerza casi 350 hombres. Esta actuación fue la primera en forma que la consideré como el bautizo de fuego.

De ahí más o menos armados nos dirigimos hacia Castaños, Coah., para ayudar ahí a las fuerzas que trataban de detener el avance del General huertista Ricardo Peña con el que tuvimos un combate en las cercanías de este lugar, llamado Estación El Aura. En la travesía que hicimos de Ciudad Guerrero, Tamps., a Castaños, Coah., se nos incorporó un Teniente de apellido Hernández con algunos hombres que vino a aumentar la columna.

En el combate contra el General huertista Ricardo Peña, logramos derrotarlo, haciéndole algunos muertos, heridos y varios prisioneros. Fui comisionado por mi jefe, el Mayor Pablo de la Garza, para conducirlos a Piedras Negras, Coah., donde estaba el señor Gobernador de Coahuila y Jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza. Los prisioneros los entregué al jefe del Estado Mayor Gabriel Calzada.

Con este hecho de armas fui ascendido a Subteniente el día 13 de marzo de 1913 por el primer jefe don Venustiano Carranza. De ahí fui a Laredo a cumplir una comisión que me ordenó don Venustiano Carranza ya con el grado de Subteniente de Caballería. Desempeñada esta comisión pasé a Matamoros, Tamps., a incorporarme a las fuerzas del General Lucio Blanco. Fui ascendido a Capitán Segundo por este General el día 4 de septiembre de 1913. Antes de pasar a Matamoros fui a Laredo a visitar a mis padres y hermanos, a

donde tuvieron que emigrar abandonando todo en Sabinas Hidalgo por las persecuciones de los federales huertistas y de los voluntarios de Sabinas que estaban a las órdenes del señor José A. Montemayor. Con motivo de que yo andaba en la revolución en contra del Gobierno, se tomaron fuertes represalias con mi familia hasta obligarlos a emigrar a Laredo, Texas.

Estando en Matamoros con el General Lucio Blanco, me ordenó que pasara a Nuevo León a reclutar gente hablandoles de la necesidad que había de ir a la revolución. Logré juntar unos 100 hombres, montándolos y armándolos lo mejor que se pudo. Lo primero que hice fue atacar a Sabinas Hidalgo, mi pueblo, peleando con los voluntarios al mando de José A. Montemayor, quienes hicieron poca resistencia reconcentrándose a Villaldama, N. L. Esto fue en octubre de 1913. Me enteré que este señor Montemayor había aprehendido a mi hermano menor, Emilio, junto con dos vecinos más a quienes había mandado a la penitenciaría en Monterrey donde supimos habían sido fusilados. En el mismo mes de octubre, el día 25 cooperando con las fuerzas del General J. Agustín Castro en la toma de Sabinas. El combate esta vez más fuerte contra los mismos voluntarios duró todo el día, muriendo el segundo de José A. Montemayor que era don Guadalupe Martínez "El Molinero". Éste junto con otros muchos que quedaron muertos y heridos. Este combate fue hecho principalmente por la 21 Brigada a las órdenes del General J. Agustín Castro.

Estando en Sabinas Hidalgo con el fin de jugarle una fuerte broma a un amigo de juventud, que se había negado a acompañarme a la revolución y darle un fuerte escarmiento, le di orden desde mi cuartel a un grupo de soldados que fueran a su casa con orden de aprehenderlo acusado de colaboración con el enemigo, a fin de cuentas eran también paisanos y gentes del mismo pueblo y que tan pronto llegaran con él al cuartel se le notificara que por órdenes mías sería fusilado en la barda del panteón a la salida del sol al día siguiente. Esto causó una gran alarma sabiendo la antigua amistad que nos unía. Fueron múltiples las comisiones de vecinos y de familiares de él y míos que vinieron a verme

tratando de disuadirme de tan descabellada e injusta orden. Fueron incluso a ver a mi padre y a mi madre quienes, de acuerdo conmigo, enterados que era sólo un escarmiento, que no se fusilaría realmente, se negaron a intervenir por el prisionero. Les decíamos que así era la guerra y que eran órdenes superiores y que aunque fuera mi amigo, había informes "confirmados" de colaboración con el enemigo. Toda la noche fue un ir y venir de gentes a decirme: Pedro Alejandro, qué vas a hacer, recuerda que se criaron juntos, hazlo por lo que más quieras, te va a perjudicar mucho, es de tu mismo pueblo, no seas cruel, en fin, múltiples ruegos y razones se argumentaron a favor de él. Yo ya simulando una actitud marcial y serena les decía que no era posible. La guerra es la guerra, les decía. Accedí al fin prometer que haría lo posible por lograr del General una contra orden a condición de que se incorporara a la revolución, yo esto lo hice sólo porque me dejaron dormir pues ya me pesaba con tanto defensor gratuito. En la mañana muy temprano fue llevado al paredón aquel pobre diablo que iba hecho un mar de lágrimas y deshecho física y moralmente que juraba y perjuraba ser inocente; me arrepentí de haber llevado tanto tiempo esta farsa pues sus padres sabedores de la noticia llegaron de la ranchería cercana a pedirme le perdonara la vida a su hijo. Ya en el paredón di orden de suspender el supuesto fusilamiento y que nuevamente fuera encerrado en el cuartel. Después que salimos le hice saber que había sido una broma. No logré ni así que agarrara el fusil para seguirme ni le insistí pues me guardaba rencor y creo que lo tuvo hasta el día de su muerte, muchos años después. No valieron nada mis disculpas ni mis ruegos para conformarlo. Perdí al amigo y no logré un soldado más con él.

El 23 de octubre de 1913 en Sabinas Hidalgo recibí orden del General Agustín Castro de incorporarme a sus fuerzas que marchaban al sur, movimiento que se efectuó rumbo a Monterrey para ayudar a las fuerzas de don Jesús Carranza, que estaban atacando Monterrey, las cuales tuvieron que retirarse rumbo a Ciudad Victoria, Tamps. No llegamos a Monterrey por este motivo, regresando a Mamulique, tomando el camino a Cerralvo, N. L., a donde llegamos esa misma noche.

De ahí salimos rumbo a Ciudad Victoria hasta donde llegamos tomando la plaza el día 20 y 21 de noviembre del mismo año de 1913. Una vez que salieron los federales rumbo a Tampico, Tamps., nos regresamos a la hacienda Santa Engracia, para encontramos con los federales a quienes derrotamos haciéndolos regresar a Monterrey. Este combate de Santa Engracia fue el 25 de noviembre de 1913.

El día 8 de diciembre tomamos el pueblo de Altamira, Tamps. Atacamos Tampico, donde se estableció un combate que duró cuatro días, no logrando tomar la plaza. Esto fue del día 10 al 14 de diciembre de 1913. Regresamos a Estación Manuel, Tamps., por la vía del ferrocarril del Golfo. De Estación Manuel tomamos las fuerzas de la 21 Brigada, rumbo al sur internándonos en San Luis Potosí. Llegamos a Ocamó, S. L. P., donde se nos incorporó el entonces Mayor Nicanor Piña con su gente.

En el mes de enero de 1914 combatimos en Estación Tablas, S. L. P. En el mismo mes con las mismas fuerzas federales en la Hacienda La Angostura, luego en la Hacienda La Boquilla. En febrero en el Espinazo del Diablo. En la Estación San Bartolo se nos unieron los hermanos Cedillo, generales. Marchamos a la Hacienda El Guajolote, luego a Ciudad del Maíz, S. L. P.

Por el combate del Espinazo del Diablo me ascendieron a Capitán 1o. por el General Miguel M. Navarrete en ausencia del General Castro. Esto sucedió el día 20 de febrero de 1914. Estando en Ciudad del Maíz recibí órdenes de venirme a incorporar al General Antonio I. Villarreal que operaba en Nuevo León, y que era el jefe de la División del Noroeste. En mi recorrido toqué Ocampo, Llera, Ciudad Victoria y Linares, N. L., a donde llegué una tarde. Grande fue la sorpresa que llevé ahí al encontrarme nada menos que con mi hermano Emilio a quien no creía vivo, pues como antes dije creíamos que había sido fusilado junto con los otros vecinos de Sabinas. Él me dijo que a ellos se los fusilaron; pero que sin saber por qué a él solo lo dejaron en mazmorras casi incomunicado durante varios meses. Me explicó que a él le

tenían como rehen con la idea de lograr que yo depusiera las armas. Ya no era posible.

En esta plaza de Linares, N. L., me presenté al Coronel Pablo A. de la Garza, quien como dije antes había sido mi primer jefe. De aquí salimos a atacar Villa de Santiago, N. L., derrotando a los federales, habiendo pasado la noche en la Hacienda El Porvenir. Al siguiente día nos atacó el General Pablo de los Santos teniendo que regresar a Linares de donde marché con mi gente a incorporarme con el General Villarreal cerca de Los Herrera, N. L., de donde salimos a Estación Morales en donde combatimos a los federales siguiendo el avance hacia Salinas Victoria, N. L. Esto pasó durante los días del 10 al 15 de abril de 1914. Aquí tuvimos un fuerte combate con los huertistas, a los que derrotamos después de varias horas de combate. Ese mismo día nos arrimamos a la Hacienda El Canadá, donde dormimos. Otro día, el 21 de abril, comenzó el ataque a Monterrey, tocándome atacar por el lado Este, en el graseo de la Fundición. El combate duró hasta el 24 de abril en que entraron las fuerzas carrancistas a Monterrey. Del combate de Monterrey salí herido con varias quemadas y costillas rotas a resultas de una granada que estalló cerca de mí, habiendo matado a mi asistente y a mi caballo. Estos cañonazos los estaban disparando desde El Obispado los federales. Tan luego tomamos la plaza, fui conducido al Hospital Muguerza donde fui internado. De aquí me comuniqué con mis padres a Laredo, Texas, viniendo a verme al hospital mi mamá Isabel y mi hermana Carmen. Para cuando salí del Hospital mis fuerzas habían sido incorporadas a las del Mayor Pedro Villaseñor habiéndoselas llevado hacia el sur de la república.

Entonces por orden del General Antonio I. Villarreal formé el Primer Regimiento de Artillería que fue después a las órdenes del Coronel Manuel Pérez Treviño. Permanecí en Monterrey hasta la convención de Aguascalientes.

Sin olvidar los agravios hechos por don Arnulfo Botello en Sabinas Hidalgo en perjuicio de mi familia, fui a ver al General Antonio I. Villarreal para ver la forma de vengar a mi

padre que estaba ya muy pobre por culpa del mencionado cacique. Me indicó que se necesitaba comprobarle algún delito reciente para poder arrestarlo y llamarlo a cuentas. Me nombró jefe de la plaza, tomé varios atados de armas de mi cuartel y mandé echarlos en el patio de su casa sitiándola desde luego, en la mañana siguiente muy temprano y ya con la orden del General Villarreal para catearlo, obré en seguida recogién-dole el atado de armas ya mencionado, algunas bombas de mano, conduciéndolo a don Amulfo Botello a la penitenciaría donde permaneció varios meses. De ahí salió mediante una fuerte cantidad de dinero para la causa por órdenes del General Villarreal.

Pocos días después de haber salido de la penitenciaría, murió, no sé de qué, pero creo por enfermedad adquirida durante los meses de reclusión. En este tiempo papá Jorge y mamá Isabel se vinieron a vivir a Monterrey teniendo su domicilio en Cuauhtémoc y Tapia.

El día 5 de junio de 1914 fui ascendido a Mayor, luego vino el destacamento de Villa y Carranza, quedando nosotros del lado de Carranza.

En los días primeros de enero de 1915 salimos a combatir a los villistas que habían sido nuestros compañeros, pero que ahora eran enemigos. La famosa División del Norte con cuartel general en Torreón, Coah., avanzaba sobre Monterrey, por lo cual salimos a encontrarla.

El primer combate con los villistas fue en la Estación Marte por la vía Monterrey-Torreón, en enero 8 de 1915. Viendo que el grueso de la División del Norte venía por Saltillo nos regresamos a Ramos Arizpe, donde tuvimos un fuerte combate y nos derrotaron en toda la línea. Antes de esto, en Monterrey, en los últimos días del año hubo una manifestación de todas las fuerzas, en Monterrey protestaron contra Villa. Era el jefe en esos días el General Ildelfonso Vázquez, en substitución del General Antonio I. Villarreal, que era el jefe nato.

Ya para estas fechas era jefe de la columna de avance a encontrar a Villa, el General Maclovio Herrera. Después de haber derrotado a los villistas en Estación Marte tuvimos que regresar a Saltillo y Ramos Arizpe pues tuvimos conocimiento los jefes y oficiales que lo grueso de la División, avanzaba por Saltillo. En Ramos Arizpe nos encontramos con los villistas donde se entabló un fuerte combate de fusilería. Los jefes carrancistas con quienes contábamos para el ataque eran el General Antonio I. Villarreal y General Maclovio Herrera. El jefe de la artillería era el Coronel Manuel Pérez Treviño, siendo yo el segundo en jefe; el Coronel Manuel Pérez Treviño no estaba en ese momento tomando el mando de la artillería. Tan pronto llegaron las caballerías se encarnizó más el combate. Las primeras fuerzas que hicieron contacto con el enemigo fueron las del General Jesús M. Garza, la Brigada "Poncho Vázquez" y las fuerzas del General José E. Santos. Como dije que por ausencia del Coronel Manuel Pérez Treviño tomé el mando de la artillería. Después de haber llegado los trenes con la caballería y la infantería llegó el tren con la artillería. El combate se ponía muy difícil para seguir sosteniendo las posesiones y tuvimos que retroceder apresuradamente, sólo alcancé a desembarcar unos cuantos cañones de .75 mm. y ordené regresarlo a Monterrey con el Mayor Eusebio González. Con los cañones que bajé hicimos unos cuantos disparos y los regresé a Monterrey logrando embarcarlos nuevamente en una Estación llamada Santa María, entre Ramos Arizpe y Monterrey, ayudándome en la maniobra el propio General Antonio I. Villarreal. Entre los oficiales que traía a mis órdenes estaban el Teniente Bárcenas, José Flores, no recuerdo el grado, el Subteniente Adolfo Martínez Pérez, ahora General jefe de artillería en México.

En Ramos Arizpe fue tal el empuje del enemigo que no logramos siquiera salvar los carros de ferrocarril en que traíamos alguna caballada, teniendo que prenderle fuego para evitar que los tomara el enemigo. Daba lástima ver cómo relinchaban de dolor aquellos pobres animales encerrados hasta morir quemados. Una de las causas que atribuimos el fracaso aparte de que el enemigo luchaba muy envalentonado y con mucho armamento, que ese día hubo mucha neblina.